

RONDAS DE VIDA

M.^a Nieves Fernández Rodríguez

Rondas nocturnas, mezcla de viento y luna Paseos interminables al borde de la quietud. Son las nostalgia arbolada de unos sueños infantiles, donde ciertos ramos de flores blancas eran alcanzados con esfuerzo. Los árboles cansados se dejaban tocar; ofrecían su dulce fruto a unos niños impacientes por tomarlo. ¡Que agradecimiento! Más tarde mostraban en su semblante la despeñada apariencia del paso de un huracán. Ramas caídas, verdes hojas pisadas y un agradable aroma lleno de frescor

Rondas hospitalarias para desorientados forasteros perdidos que muestran un nombre, una calle, un lugar desconocido. Rara vez son abandonados a su suerte, hasta el más pequeño detalle llevan con ellos.

Rondas tibiamente soleadas, rebosantes de esfuerzo en sus casas blancas, con mujeres afaenadas en los bolillos hasta que la noche llama a las puertas del sol y entra. Son refugio de fumadores clandestinos, muchachos que dejan ver en sus rostros los primeros rasgos de una futura hombría. Sostienen los pitillos con firmeza, aferrándose a ellos como quien lo hace a una ilusión, luego expulsan el humo con torpeza y miedo.

Rondas enamoradas que albergan entre las sombras a parejas carentes de intimidad, vigiladas por ojos que graban momentos. Noches de compromiso, de citas y de silencio.

Son rondas pasajeras que defienden al centro del pueblo y que con su movimiento y acción animan las afueras. Rondas de viajeros que, circundando el núcleo, juzgan el todo por una parte. ¿Cuántas veces son invadidos por un interés que les lleva a adentrarse?

Rondas de primavera, sendas de rebaños que dejan en el aire una mezcla de olores formada por lana, sudor y polvo. Detienen momentáneamente el tráfico rodado mientras el perro ladra y el cencerro con su tintineo aumenta la atención de los niños. El pastor silva al rebaño y ordena al perro; y como si fuera un milagro capaz de domar a estos animales lentos y despistados, el rebaño se desplaza rápidamente hacia un lado, dejando libre el camino asfaltado. ¡Que conocimiento pastoril el de aquel hombre que sigue su ruta con una naturalidad extremada!

Rondas mañaneras que mediante voces propagandísticas acumulan masas en sus plazuelas. Allí son instalados puestos ambulantes, propiedad de pequeños comerciantes que charlan alegres exaltando sus productos. Lo «mejor», lo «más bueno» y «barato» te ofrecen con la venta.

Rondas calientes de verano que dejan oír las norias de los pozos del campo vecino y guardan en la tarde el calor de la siesta que parece dormir en soledad y misterio. Son rondas paseadas por algún afilador que olvidado del sudor ofrece sus servicios mediante una música llena de rasgos orientales.

Rondas infantiles, compañeras de juegos interminables, donde los niños de plazuela alcanzan su plenitud jugando sin ver el fin. Son el marco perfecto de la ilusión, aquí se les ve crecer y sin darte cuenta, nuevos niños usurpan sus puestos. El tiempo les desplaza a la adolescencia en el mismo paisaje; y sin embargo, ¡qué despacio transcurre para ellos! Son otros pequeños los que llegan, pero siempre son niños.

Rondas verbeneras en las noches calurosas de julio, donde se dan cita grupos de jóvenes que quieren compartir una excusa que les hace quedarse al lado del bullicio y de la música hasta altas horas de la madrugada. Son rondas hurtadoras de la paz a la que